

NIEVE EN OTOÑO
IRÈNE
NÉMIROVSKY



La anciana Tatiana Ivanovna ha dedicado toda su vida a servir a sus señores, los Karin, a quienes ha visto nacer y crecer en la mansión de Sujarevo, en las inmediaciones de Moscú. Cuando la familia se ve obligada a huir por la Revolución de Octubre, la fiel criada termina por reunirse con ellos en París, donde, a pesar de que los Karin han perdido su posición social y su fortuna, continúa a su servicio en el modesto apartamento en que residen. Supervivientes de un mundo perdido, los Karin y su sirvienta necesitarán olvidar para salir adelante, pero la vieja Tatiana nunca deja de soñar con su tierra natal, ni de sufrir para adaptarse a la vida en un lugar donde las primeras nieves no llegan hasta pasado el otoño.

Al igual que su admirado Chéjov, Irène Némirovsky tiene un talento especial para observar y captar los detalles más reveladores de la intimidad de sus personajes. El lector llegará al final de este relato con la sensación de haber realizado un intenso viaje emocional.

Irène Némirovsky

Nieve en otoño

Título original: *Les Mouches d'automne*

Irène Némirovsky, 1931

Traducción: José Antonio Soriano Marco

—Bueno, Yuroska, adiós... —dijo asintiendo con la cabeza, como antaño—. Cuídate mucho, hijo. —Cómo pasaba el tiempo... De niño, cuando se marchaba al instituto de Moscú, en otoño, subía a despedirse de ella en aquella misma habitación. De eso hacía diez, doce años. Miró su uniforme de oficial con una mezcla de asombro y triste orgullo—. ¡Ay, mi pequeño Yuroska! Parece que fue ayer...

Calló e hizo un gesto con la mano. Llevaba cincuenta y un años con la familia Karin. Había sido el aya de Nikolái Alexándrovich, el padre de Yuri, y criado a sus hermanos y hermanas y también a los hijos de Nikolái... Aún se acordaba de Alexandr Kirilóvich, muerto en 1877, en la guerra contra Turquía, hacía treinta y nueve años. Y ahora les había llegado el turno de marchar al frente a los pequeños, Kiril y Yuri... Suspiró y le hizo la señal de la cruz en la frente.

—Ve, hijo, Dios te protegerá.

—Pues claro, querida aya.

Yuri sonrió con expresión burlona y resignada. Tenía una cara redonda y sonrosada, como un campesino. No se parecía a los demás Karin. Le cogió las manos, pequeñas, ásperas como la corteza de un árbol y casi negras, e hizo ademán de llevárselas a los labios.

—¿Estás loco? —exclamó la anciana, sonrojándose y apartándolas de golpe—. ¡Ni que fuera una hermosa damisela! Anda, Yuroska, vete, baja... Aún están bailando.

—Adiós, *niánechka*... Tatiana Ivanovna —se despidió Yuri con voz apagada, teñida de ironía y flema—. Te traeré un chal de seda de Berlín, si es que llegamos, lo que me sorprendería. Mientras tanto, te mandaré una pieza de tela de Moscú para el nuevo año.

Tatiana se esforzó por sonreír, frunciendo aún más los labios, que seguían siendo finos, aunque ahora estaban apretados y hundidos, como comprimidos por las viejas mandíbulas. Era una anciana de setenta años, aspecto frágil, escasa estatura y rostro inteligente y risueño. En ocasiones, su mirada todavía era penetrante, aunque en otros momentos se veía cansada y serena.

—Tú prometes mucho, y tu hermano igual —respondió negando con la cabeza—. Pero allí os olvidaréis de nosotros. En fin, quiera Dios que al menos esto termine pronto y volváis los dos. ¿Se acabará pronto esta maldición?

—Claro. Pronto y mal.

—No bromees con eso —lo amonestó ella con viveza—. Todo está en manos de Dios. —Se apartó y se agachó delante de la maleta abierta—. Puedes decirles a Piotr y Platoska que suban a recoger las cosas cuando quieran. Todo está listo. Las mantas y las pellizas están abajo. ¿Cuándo os vais? Es medianoche.

—Con que estemos en Moscú por la mañana es suficiente. El tren sale a las once.

Tatiana suspiró y negó con la cabeza con el gesto de costumbre.

—¡Ay, Señor, qué navidades tan tristes!

Abajo, alguien tocaba al piano un rápido y alegre vals. Se oían los pies de los bailarines deslizándose por el viejo suelo de madera y el tintineo de las espuelas.

—Adiós, *niánechka*, me voy abajo —anunció Yuri haciendo un gesto con la mano.

—Ve, corazón.

La anciana se quedó sola y empezó a doblar la ropa.

—Las botas... —murmuraba—. Las prendas del viejo equipo... aún pueden servir en campaña. ¿No me dejo nada? Las pellizas están abajo... —Treinta y nueve años antes, cuando se había marchado Alexandr Kirilóvich, también le había empaquetado los uniformes. Lo recordaba perfectamente. Dios mío... Agafia, la vieja doncella, todavía estaba en este mundo. Entonces, también ella era joven. Cerró los ojos, suspiró hondo y se levantó pesadamente—. Me gustaría saber dónde se han metido esos zánganos de Petia y Platoska —gruñó—. Que Dios me perdone. Hoy están todos borrachos.

Recogió el mantón del suelo, se cubrió la cabeza y la boca, y bajó. Las habitaciones de los chicos estaban en la parte antigua de la casa, un hermoso edificio de noble arquitectura, con un gran frontón griego adornado de columnas. El parque se extendía hasta Sujarevo, el pueblo vecino. Tatiana Ivanovna no había abandonado la propiedad en cincuenta y un años. Sólo ella conocía todos los armarios, los sótanos y las oscuras habitaciones cerradas de la planta baja, antiguas salas suntuosas por las que habían desfilado generaciones.

Cruzó el salón con brío.

—¿Qué, Tatiana Ivanovna, se van tus niños? —preguntó Kiril riendo al verla.

La anciana frunció el cejo sonriendo al mismo tiempo.

—¡Tú ve, que no te hará daño vivir con algunas privaciones, Kiriluska!

Éste y su hermana Lulú tenían la belleza, los ojos relucientes y el aire cruel y dichoso de los Karin de antaño. Lulú estaba bailando con su primo pequeño, Chernichev, un estudiante de instituto de quince años. Ella, por su parte, había cumplido dieciséis el día anterior. Estaba radiante, con las mejillas rojas, encendidas por el baile, y las gruesas trenzas recogidas alrededor de la pequeña cabeza, como una corona negra.

«El tiempo, el tiempo... —se dijo la anciana—. ¡Ay, Dios mío! No te das cuenta de cómo pasa, y un día ves que los niños son más altos que tú... Ahora Luliska ya es una jovencita. Dios mío, si parece que fue ayer cuando yo le decía a su padre: “No llores, Kolinka, todo pasa, corazón mío”. Y ahora, mira, ya es un hombre maduro...».

Aquel hombre estaba frente a ella, con su esposa, Yelena Vasílievna.

—¿Ya, Taniushka? ¿Están listos los caballos? —murmuró al verla, sobresaltado.

—Sí, ya es hora, Nikolái Alexándrovich. Voy a ordenar que lleven las maletas al trineo.

Él bajó la cabeza y se mordió levemente los finos y pálidos labios.

—¿Ya, Dios mío? Bueno, qué se le va a hacer. ¡Ve, ve! —Y, volviéndose hacia su mujer, sonrió débilmente y con la cansada y serena voz de siempre dijo—: *Children will grow, and old people will fret...* ¿Verdad, Nelly? Vamos, querida, creo que la hora ha llegado.

Se miraron sin decir nada. Ella volvió a subirse el chal negro de encaje alrededor del largo y grácil cuello, el único atractivo de su juventud que permanecía intacto, junto con sus ojos verdes, relucientes como el agua.

—Voy contigo, Tatiana.

—¿Para qué? Sólo cogerá frío —dijo la anciana, encogiéndose de hombros.

—Da igual —respondió Yelena Vasílievna con impaciencia.

La vieja niñera la siguió en silencio. Cruzaron la pequeña galería desierta. Antaño, cuando Yelena aún era la condesa Eletzkaia y en las noches de verano acudía a reunirse con Nikolái Karin en el pabellón, al fondo del parque, era por aquella diminuta puerta por donde entraban en la casa cuando todos los demás dormían. Y era allí donde, por la mañana, a veces encontraba a la vieja Tatiana. Aún creía estar viéndola retirarse a su paso, santiguándose. Parecía algo antiguo y lejano, como un sueño extraño. Al morir Eletzki se había casado con Karin. Al principio, la hostilidad de Tatiana Ivanovna la había irritado y apenado a menudo. Era joven. Ahora era diferente. A veces espiaba las miradas de la anciana, sus reacciones de rechazo y pudor, con una especie de irónica y triste satisfacción, como si todavía fuera la adúltera, la pecadora que corría a las citas bajo los viejos tilos. Al menos le quedaba eso de su juventud.

—¿No te olvidas de nada? —le preguntó.

—Claro que no, Yelena Vasílievna.

—Nieva mucho. Pide que pongan más mantas en el trineo.

—Descuide.

Empujaron la puerta de la terraza, que se abrió con dificultad chirriando sobre el manto nevado. Un olor a abetos helados y humo lejano colmaba el gélido aire nocturno. Tatiana Ivanovna se anudó el mantón al cuello y echó a correr hacia el trineo. Todavía estaba fuerte y ágil, como cuando Kiril y Yuri eran niños y los buscaba por el parque al atardecer. Yelena Vasílievna cerró los ojos y, por unos instantes, volvió a ver a sus dos hijos mayores, sus caras, sus juegos infantiles... Kiril, su preferido, era tan guapo, tan feliz... Temía por él más que por Yuri. Los quería a los dos con locura,

pero Kiril... ¡Ah, no estaba bien pensar así! «Dios mío, protégelos, sálvalos, concédenos envejecer rodeados de nuestros hijos. ¡Escúchame, Señor!». Como decía la anciana niñera, todo estaba en las manos de Dios.

La vieja volvió a subir la escalera de la terraza sacudiéndose los copos del mantón.

Regresaron al salón. El piano había enmudecido. En el centro de la estancia, los jóvenes hablaban a media voz.

—Ha llegado el momento, hijos —anunció Yelena Vasílievna.

—Está bien, mamá, enseguida —respondió Kiril, haciéndole un gesto con la mano—. La última copa, caballeros...

Brindaron por el zar, la familia imperial, los aliados y la derrota de Alemania. Tras cada brindis arrojaban las copas al suelo, y los criados recogían los cristales en silencio. Los demás sirvientes esperaban en la galería. Cuando los oficiales pasaron ante ellos, todos repitieron al unísono, como una monótona cantinela aprendida de memoria:

—Bueno, pues... adiós, Kiril Nikolaiévich... Adiós, Yuri Nikolaiévich...

El viejo cocinero Antipas, siempre borracho y siempre triste, fue el único que, ladeando la gran cabeza gris y con voz vibrante y ronca, añadió maquinalmente:

—Que Dios los conserve con buena salud.

—Los tiempos han cambiado —murmuró Tatiana Ivanovna—. Antaño, cuando se marchaban los *barin*^[1]... Los tiempos han cambiado. Y los hombres también.

Y siguió a Kiril y Yuri hasta la terraza. Nevaba copiosamente. Los criados alzaron los faroles, que iluminaron las estatuas que había al comienzo del sendero, dos Belonas cubiertas de nieve y reluciente hielo, y el viejo parque, blanco e inmóvil. La anciana hizo la señal de la cruz sobre el trineo y el camino por última vez. Los jóvenes la llamaron y le presentaron riendo las mejillas, que, azotadas por el viento nocturno, les ardían.

—¡Bueno, adiós! Cuídate, vieja Taniushka. Volveremos, no te preocupes.

El cochero cogió las riendas, soltó una especie de chillido, un silbido agudo y extraño, y los caballos se pusieron en marcha.

Uno de los criados dejó el farol en el suelo y bostezó.

—¿Se queda aquí, abuela?

Ella no respondió. La dejaron sola. Tatiana Ivanovna vio apagarse una tras otra las luces de la terraza y del vestíbulo.

En la casa, Nikolái Alexándrovich y sus invitados habían vuelto a sentarse alrededor de la mesa de la cena. El anfitrión cogió maquinalmente la botella de champán que le ofrecía un criado.

—¿No beben? —murmuró con esfuerzo—. Hay que beber.

Y llenó las copas que le tendían con precaución. Las manos le temblaban un poco. Un hombre grueso con el bigote teñido, el general Siedov, se acercó a él y le susurró:

—No se preocupe, amigo mío. He hablado con su alteza. Cuidará de ellos, esté tranquilo.

Nikolái Alexándrovich se encogió ligeramente de hombros. Él también había ido a San Petersburgo. Había obtenido cartas y audiencias, incluso había hablado con el Gran Duque. Como si éste pudiera parar las balas, la disentería... «Cuando los hijos crecen, sólo puedes cruzarte de brazos y dejar que la vida proceda. Pero a fe que sigues preocupándote, bregando, discurrendo... Estoy haciéndome viejo —pensó de pronto—. Viejo y cobarde. ¿La guerra? ¿Acaso a los veinte años habría soñado con un destino más hermoso, Dios mío?».

—Gracias, Mijaíl Mijailóvich —dijo en voz alta—. Qué se le va a hacer... Se las arreglarán, como todos. Que Dios nos conceda la victoria.

—¡Dios lo oiga! —asintió con fervor el viejo general.

Los demás, los jóvenes, que habían estado en el frente, guardaban silencio. Uno de ellos abrió con gesto maquinal el piano y tocó unas notas.

—Bailad, hijos —los animó el anfitrión. Luego se sentó ante la mesa de bridge y le hizo una seña a su mujer—. Deberías irte a descansar, Nelly. Mira qué pálida estás.

—Tú también —respondió ella a media voz.

Se apretaron las manos en silencio. Yelena Vasílievna abandonó la sala, mientras el viejo Karin cogía las cartas y empezaba a jugar, toqueteando con aire ausente la arandela del candelero de plata.

Durante unos instantes, Tatiana Ivanovna siguió escuchando el tintineo de los cascabeles, cada vez más lejano. «Van deprisa», se dijo. De pie en medio del sendero, se sujetaba el mantón alrededor de la cara con ambas manos. Fina y leve, la nieve se le metía en los ojos como polvo. Había salido la luna, y las profundas huellas del trineo en el manto blanco destacaban con un brillo azulado. De pronto, el viento cambió de dirección y, al instante, empezó a nevar con fuerza. El débil cascabeleo había cesado; en el silencio, el crujido de los abetos helados parecía el sordo gemido de un esfuerzo humano.

La anciana regresó a la casa a paso lento. Pensaba en Kiril y Yuri con una especie de dolorosa estupefacción. La guerra... Imaginaba vagamente un campo de batalla, caballos al galope, obuses que estallaban como vainas maduras. Como en una imagen vista en... ¿dónde? Sin duda, en un libro escolar que los niños habían coloreado. Pero ¿qué niños? ¿Éstos o Nikolái Alexándrovich y sus hermanos? A veces, cuando se sentía cansada, como aquella noche, su memoria los confundía. Un largo sueño borroso... ¿No despertaría con el llanto de Kolinka en la vieja habitación, como antaño?

Cincuenta y un años... En esa época, también ella tenía marido, y un hijo. Pero ambos habían muerto. Hacía tanto tiempo que a veces le costaba recordar sus caras. Sí, todo pasaba, todo estaba en manos de Dios.

Subió al dormitorio del pequeño Andréi, el hijo menor de los Karin, que estaba a su cuidado. Aún dormía con ella en la gran habitación de la esquina, que había sido la de Nikolái Alexándrovich y después la de sus hermanos y hermanas. Todos habían muerto o estaban lejos. Resultaba demasiado grande y de techos muy altos para los escasos muebles que ahora contenía, su cama y la camita de Andréi, con cortinas blancas y un pequeño icono antiguo colgado entre los barrotes del cabecero. Un baúl lleno de juguetes, un pequeño pupitre antiguo de madera blanca, que los cuarenta años transcurridos habían recubierto de una pátina agrisada, como una laca... Cuatro ventanas desnudas, el viejo entarimado rojizo. Durante el día, el aire y la luz lo inundaban todo. Pero cuando llegaba la noche, con su extraño silencio, Tatiana Ivanovna se decía: «Ya es hora de que vengan otros...».

Encendió una vela, que iluminó débilmente el techo, pintado con ángeles de cara redonda y burlona, cubrió la llama con un cono de cartón y se acercó a Andréi. Dormía profundamente, con la dorada cabeza hundida en la almohada. Le tocó la frente y las manitas, abiertas sobre la sábana, y se sentó a su cabecera, en el sitio de costumbre. Por la noche se pasaba horas enteras así, medio dormida, amodorrada al calor de la estufa, tejiendo y pensando en el pasado y en el día en que Kiril y Yuri se casarían y sus hijos dormirían allí. Andréi no tardaría en irse, pues a los seis años los niños se mudaban al piso inferior, con los preceptores y las gobernantas. Pero la vieja habitación nunca había permanecido vacía mucho tiempo. ¿Kiril? ¿Yuri? ¿O quizá Lulú? Miró la vela, que se consumía en el silencio con un fuerte y monótono chisporroteo, y movió suavemente la mano, como si meciera una cuna.

—Si Dios quiere, aún veré unos cuantos —murmuró. Llamaron a la puerta. La anciana se levantó—. ¿Eres tú, Nikolái Alexándrovich? —preguntó en voz baja.

—Sí, *niánechka*.

—Ve con cuidado, no despiertes al niño...

El hombre entró. Ella cogió una silla y la acercó a la estufa con cuidado.

—¿Estás cansado? ¿Quieres un poco de té? Enseguida caliento el agua...

—No, deja. No quiero nada —respondió él, deteniéndola con un gesto.

La anciana recogió la labor, que se le había caído al suelo, volvió a sentarse y siguió moviendo las brillantes agujas con rapidez.

—Hacía mucho tiempo que no venías a vernos...

Por toda respuesta, el hombre acercó las manos a la ronroneante estufa.

—¿Tienes frío, Nikolái Alexándrovich?

Él cruzó los brazos sobre el pecho con un leve escalofrío.

—¿Ya has vuelto a enfriarte? —exclamó la anciana como cuando era pequeño.

—Claro que no, mi vieja *niánechka*. —Tatiana negó con la cabeza descontenta, pero no dijo nada. El hombre miró la cama del niño—. ¿Duerme?

—Sí. ¿Quieres verlo?

Se levantó, cogió la vela y se acercó a él. Nikolái Alexándrovich no se movió. La anciana se inclinó y acto seguido le puso la mano en el hombro.

—Nicolái... Kolinka...

—Déjame —murmuró él.

Ella se apartó en silencio.

Era mejor callar. Sin embargo, ¿ante quién podía llorar libremente si no era ante ella? Porque la pobre Yelena Vasílievna... Más valía callar. Retrocedió poco a poco hacia la oscuridad y murmuró:

—Espera. Prepararé té. Nos entonará a los dos.

Cuando volvió, Nikolái Alexándrovich parecía más calmado. Con un movimiento mecánico accionaba la maneta de la estufa, de la que caía la cascarilla con un leve ruido de arena.

—Mira, Tatiana... ¿Cuántas veces te he dicho que mandes tapar estos agujeros? Mira, mira... —dijo, señalando una cucaracha que corría por el entarimado—. Salen de ahí. ¿Te parece higiénico para la habitación de los niños?

—Sabes muy bien que es señal de prosperidad —respondió ella, encogiéndose de hombros—. A Dios gracias, aquí siempre las hubo, y aquí te has criado tú y otros antes de ti. —Le puso en las manos una taza y removió el té con la cucharilla—. Bébetelo mientras está caliente. ¿Tienes bastante azúcar?

Él no respondió. Con expresión cansada y ausente bebió un sorbo y, de pronto, se levantó.

—Bien... Buenas noches. Que reparen la estufa, ¿me oyes?

—Como quieras.

—Alúmbrame.

La anciana cogió la vela, lo acompañó hasta la puerta y bajó delante de él los tres peldaños del umbral, cuyos rojizos ladrillos bailaban medio sueltos y vencidos hacia un lado, como hundidos por un peso.

—Ve con cuidado. ¿Ya te vas a dormir?

—¿Dormir? Estoy triste, Tatiana, tengo el alma triste...

—Dios cuidará de ellos, Nikolái Alexándrovich. Se muere en la cama. Dios protege al cristiano en medio de las balas.

—Lo sé, lo sé...

—Hay que confiar en Dios.

—Lo sé —repitió él—. Pero no es sólo eso...

—Entonces, ¿qué, *barin*?

—Todo va mal, Tatiana. Tú no puedes comprenderlo. —La anciana asintió con la cabeza—. Ayer también se llevaron a mi sobrino nieto, el hijo de mi sobrina de Sujarevo, a esta maldita guerra. Es el único hombre de la familia, puesto que al mayor lo mataron en Pentecostés. Sólo quedan una mujer y una niña pequeña, de la edad de nuestro Andréi... ¿Cómo van a cultivar los campos? Nadie se libra de la desgracia.

—Sí, son malos tiempos. Quiera Dios...

—Bien... —la interrumpió él—. Buenas noches, Tatiana.

—Buenas noches, Nikolái Alexándrovich.

La anciana esperó inmóvil a que cruzara el salón, atenta al crujido del entarimado bajo sus pies. Luego abrió la pequeña trampilla practicada en la ventana. Una ráfaga helada le azotó el rostro, agitándole el mantón y los revueltos mechones de su cabello. Cerró los ojos y sonrió. Había nacido

en una lejana propiedad de los Karin, al norte de Rusia, y para ella nunca soplaba demasiado viento ni había demasiado hielo.

«En mi tierra, en primavera rompíamos el hielo con los pies desnudos, y aún sería capaz de hacerlo», solía decir.

Cerró la trampilla. Los silbidos del viento se acallaron. Ya no se oía más que el tenue ruido del yeso al desprenderse de las viejas paredes con un susurro de reloj de arena, y el sordo y profundo crujido de la madera antigua, roída por las ratas.

Tatiana Ivanovna volvió a su habitación, rezó largo rato y se desvistió. Era tarde. Apagó la vela, suspiró y, rompiendo el silencio, dijo varias veces:

—Dios mío, Dios mío...

Y se durmió.

Tras cerrar las puertas de la casa vacía, Tatiana Ivanovna subió al pequeño mirador construido en el tejado. Era una tranquila noche de mayo, suave y ya cálida. Sujarevo ardía: las llamas se veían con nitidez y se oían gritos lejanos, traídos por el viento.

Los Karin habían huido en enero de 1918, cinco meses antes, y desde entonces la anciana había divisado todos los días en el horizonte pueblos incendiados, que se apagaban y volvían a arder, a medida que pasaban del dominio de los rojos al de los blancos, y de nuevo al de los rojos. Pero el incendio nunca había estado tan cerca como aquella noche: el resplandor iluminaba el parque abandonado de tal modo que podían verse hasta las lilas del sendero principal, que habían florecido el día anterior. Engañados por la claridad, los pájaros volaban como en pleno día. Los perros aullaban. Luego, el viento cambió de dirección y se llevó el fragor del fuego y su olor. El viejo parque volvió a quedar a oscuras y en silencio, y el aroma de las lilas inundó el aire.

La anciana esperó unos instantes y, con un suspiro, bajó de nuevo. Se habían retirado las alfombras y cortinas de las habitaciones. Las ventanas estaban condenadas con tablas y aseguradas con barras de hierro. Había guardado la plata en los sótanos, en el fondo de los baúles, y enterrado la valiosa porcelana en la parte antigua del huerto, que se hallaba abandonado. Algunos campesinos, convencidos de que toda aquella riqueza acabaría en sus manos, la habían ayudado. La gente ya no se preocupaba del prójimo más que para apoderarse de sus bienes. Así que no dirían nada a los comisarios de Moscú. Más tarde, ya se vería... Además, sin ellos no habría podido hacerlo. Estaba sola; los criados se habían ido hacía tiempo. El cocinero Antipas, el último en dejarla, se había quedado con ella hasta marzo, cuando había muerto. El hombre tenía la llave de la bodega, y no necesitaba más.

«Deberías beber, Tatiana —le decía—. El vino quita todas las penas. Mira, estamos solos, abandonados como perros, pero no me importa. Mientras tenga vino, todo me da igual».

Pero a ella nunca le había gustado beber. Una noche, durante una de las últimas tormentas de marzo, mientras estaban sentados en la cocina, Antipas había empezado a divagar, a recordar la época en que fue soldado.

—Los jóvenes no son tan tontos, con su revolución... Ahora es la suya... Bastante nos han chupado la sangre esos malditos cerdos, esos sucios *barin*.

Ella no replicó. ¿Para qué? El cocinero amenazó con prender fuego a la casa, vender las joyas y los iconos escondidos. Luego siguió disparatando un rato y de repente soltó una especie de aullido quejumbroso:

—¡Alexandr Kirilóvich! ¿Por qué nos dejaste, *barin*?

De su boca brotó una ola de vómitos, sangre negra y alcohol. Tras una larga agonía, había fallecido al amanecer.

Tatiana Ivanovna aseguró las puertas del salón con las cadenas de hierro y salió a la terraza por la portezuela disimulada de la galería. Las estatuas seguían encerradas en sus cajas de tablas. Las

habían metido en ellas en septiembre de 1916 y allí se habían quedado. La anciana miró la casa. La nieve derretida había ennegrecido el delicado amarillo de la piedra; bajo las hojas de acanto, el estuco se desconchaba y dejaba al descubierto manchas blancuzcas, como marcas de bala. El viento había roto algunos cristales del invernadero de los naranjos.

—Si Nikolái Alexándrovich viera esto...

Echó a andar por el sendero, pero a los pocos pasos se detuvo, llevándose una mano al corazón. Ante ella había una figura humana. Por unos instantes, miró aquel rostro pálido y extenuado bajo la gorra militar sin reconocerlo.

—¿Eres tú? —preguntó al fin—. Eres tú, Yuroska...

—Claro —respondió él con una expresión extrañamente indecisa y fría—. ¿Podrías esconderme esta noche?

—No te apures —dijo ella, como antaño.

Entraron en la casa y se dirigieron a la cocina desierta. La anciana encendió una vela y le iluminó el rostro.

—¿Cómo has cambiado, Dios mío! ¿Estás enfermo?

—Tuve el tifus —respondió Yuri con voz apagada, ronca y carrasposa—. Estuve moribundo, y bien cerca de aquí, en Temnaya... Pero no me atrevía a hacértelo saber. Me hallo bajo amenaza de arresto y pena de muerte —concluyó en el mismo tono monótono y frío—. Tengo sed...

La anciana le sirvió agua y se arrodilló para desatar los trapos sucios y ensangrentados que le envolvían los pies.

—He andado mucho —murmuró él.

—¿Por qué has venido? —le preguntó ella, alzando la cabeza—. Aquí los campesinos están locos.

—¿Bah! Es igual en todas partes... Cuando salí de la cárcel, mis padres se habían marchado a Odesa. ¿Adónde podía ir? La gente va y viene, unos hacia el norte, otros hacia el sur... —Se encogió de hombros—. Es igual en todas partes —repitió con indiferencia.

—¿Estuviste en la cárcel? —murmuró la anciana juntando las manos, en un gesto de asombro y dolor.

—Seis meses.

—¿Por qué?

—Sólo el diablo lo sabe. —Se interrumpió y se quedó inmóvil—. Salí de Moscú... —

prosiguió con esfuerzo—. Un día, subí a un tren ambulancia, y los enfermeros me escondieron. Aún tenía dinero... Viajé con ellos diez días. Luego caminé. Pero había cogido el tifus. Me desplomé en un campo, cerca de Temnaya. Me recogieron unos campesinos. Me quedé con ellos un tiempo, pero al final, como se acercaban los rojos, les entró miedo y tuve que marcharme.

—¿Dónde está Kiril?

—Lo encarcelaron conmigo. Pero consiguió escapar y reunirse con nuestros padres en Odesa. Cuando todavía estaba en la cárcel, lograron hacerme llegar una carta. Al salir, hacía tres semanas que se habían ido. Nunca he tenido suerte, mi querida *niánechka* —añadió sonriendo con irónica resignación—. Ni siquiera en la cárcel: Kiril estaba en la celda con una preciosidad, una actriz francesa, y yo con un viejo judío. —Se echó a reír, pero calló como sorprendido de su propia risa, sorda y rota. Entonces apoyó la cara en la mano y murmuró—: Me alegro mucho de estar en casa, *niánechka*...

Y se quedó dormido.

Durmió varias horas mientras la anciana, sentada frente a él, lo miraba sin moverse, dejando que las lágrimas resbalaran silenciosamente por su vieja y pálida cara. Luego lo despertó, lo hizo subir a la habitación de los niños y lo ayudó a acostarse. Deliraba un poco y tocaba ahora el espacio entre los barrotes de la camita de Andréi, donde había estado el pequeño icono, ahora el calendario que colgaba de la pared, adornado con un retrato en color del zar, como en su infancia.

—No lo entiendo, no lo entiendo... —repetía, señalando con el índice la hoja, con fecha del 18 de mayo de 1918.

Al cabo de un rato, miró sonriendo la persiana, que se balanceaba con suavidad, el parque, los árboles iluminados por la luna, y el sitio junto a la ventana en que el viejo entarimado formaba una pequeña depresión. La tenue claridad se rebalsaba en ella y se movía, oscilaba como una mancha de leche. Cuántas veces, mientras su hermano dormía, se había levantado para quedarse allí, sentado en el suelo, escuchando el acordeón del cochero, las risas ahogadas de las sirvientas... El perfume de la lilas era muy intenso, como esa noche. Yuri inclinó la cabeza y de forma instintiva trató de percibir en el silencio el quejumbroso sonido del acordeón. Pero sólo se oía un débil y suave rugido, por momentos. Se incorporó en la cama y le tocó el hombro a la anciana, sentada junto a él en la penumbra.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. Se oye desde ayer. Truenos, una tormenta de mayo, quizá.

—¿Eso? —rezongó Yuri, y de pronto se echó a reír mirándola fijamente con los ojos dilatados, que la fiebre aclaraba y hacía arder con una especie de dura luz—. ¡Son cañones, querida *niánechka*! Ya decía yo... Era demasiado bonito... —Murmuró unas frases confusas, entrecortadas por carcajadas, y luego añadió con voz más clara—: Moriré tranquilo en esta cama, estoy cansado...

Por la mañana, la fiebre le había bajado. Quiso levantarse, salir al parque, respirar el aire tibio

y puro de la primavera, como antaño... Eso era lo único que no había cambiado. El jardín abandonado, lleno de malas hierbas, tenía un aspecto lamentable y triste. Entró en el pequeño pabellón, se tumbó boca arriba en el suelo y empezó a jugar distraídamente con los pedazos de cristal pintado, mirando la casa a través de ellos. En la cárcel, mientras esperaba a que lo ejecutaran en cualquier momento, una noche había visto la casa en sueños, como la veía ahora, desde las ventanas del pabellón, pero abierta y con las terrazas llenas de flores. En su sueño, oía incluso a las torcaces que se paseaban por el tejado. Se había despertado con un sobresalto y había pensado: «Mañana me matan, seguro. Sólo se puede recordar así justo antes de morir...».

La muerte... No lo asustaba. Pero abandonar el mundo en medio del caos de aquella revolución, olvidado por todos, abandonado... Qué absurdo, todo... Bueno, todavía no estaba muerto. Quién sabía... Puede que se salvara. La casa... Creía que no volvería a verla, y allí estaba. Y también aquellos cristales pintados, que el viento siempre rompía y con los que jugaba de niño, imaginándose las colinas de Italia, seguramente porque eran del rojo violáceo de la sangre y el vino tinto. Tatiana Ivanovna entraba y le anunciaba: «Tu madre te llama, corazón».

Tatiana Ivanovna entró con un plato de patatas y pan.

—¿Cómo te las arreglas para comer? —le preguntó Yuri.

—A mi edad, una no necesita mucho. Siempre he tenido patatas, y a veces en el pueblo hay pan. No me ha faltado de nada. —Se arrodilló junto a él y le dio de comer y beber como si estuviera demasiado débil para llevarse los alimentos a la boca—. Yuri... ¿y si te fueras ahora? —Él frunció el cejo y la miró sin responder—. Podrías ir andando hasta la casa de mi sobrino. Él no te hará daño. Si tienes dinero, te ayudará a conseguir caballos y podrás llegar a Odesa. ¿Está lejos?

—Tres, cuatro días en tren, en época normal. Ahora... sólo Dios lo sabe.

—¿Qué otra cosa puedes hacer? Dios te ayudaría. Podrías reunirte con tus padres y darles esto. No he querido confiárselo a nadie —confesó la anciana, enseñándole el dobladillo de la falda—. Son los diamantes del collar grande de tu madre; antes de irse me dijo que los escondiera. No pudieron llevarse nada; se marcharon la noche en que los rojos tomaron Temnaya, pues temían que los detuvieran. ¿Cómo viven ahora?

—Mal, sin duda —respondió Yuri, y se encogió de hombros con cansancio—. Bueno, mañana veremos. Pero no te ilusiones; es igual en todas partes. Y aquí al menos los campesinos me conocen. Nunca les he hecho nada...

—¿Quién puede saber lo que tienen en el alma esos desgraciados? —gruñó la anciana.

—Mañana, mañana... —repitió Yuri cerrando los ojos—. Mañana veremos. Aquí se está tan bien, Dios mío...

Así transcurrió el día. Al anochecer, Yuri volvió a la casa. El crepúsculo fue tan puro y tranquilo como el día anterior. Dio un rodeo y pasó junto al estanque. Los arbustos que lo circundaban se habían deshojado en otoño, y aún estaba cubierto de una espesa capa de hojas secas

atrapadas bajo el hielo. Las lilas caían en forma de llovizna; en algunos puntos, se veía apenas el agua negra, que relucía débilmente.

Entró y volvió a subir a la habitación infantil. Tatiana Ivanovna había puesto la mesa delante de la ventana abierta. Yuri reconoció uno de los mantelitos de tela fina que se empleaban cuando los niños comían en su habitación, durante las breves enfermedades, y el viejo tenedor, el cuchillo de plata sobredorada, el deslustrado cubilete...

—Come y bebe, corazón. Te he subido una botella de la bodega. Y antes te encantaban las patatas asadas en las ascuas...

—Desde entonces, he perdido el gusto —respondió Yuri riendo—. Pero gracias de todas formas, mi vieja *niánechka*.

Caía la noche. Yuri encendió una vela y la colocó en un extremo de la mesa. La llama, recta y transparente, ardía en la serena oscuridad.

—*Niánechka*... —murmuró al cabo de unos instantes—. ¿Por qué no te fuiste con mis padres?

—Alguien tenía que quedarse para cuidar la casa.

—¿Tú crees? —dijo él con una especie de irónica melancolía—. ¿Y para quién, Dios mío? —Un silencio—. ¿No te gustaría reunirte con ellos? —le preguntó al fin.

—Iré si me llaman. Encontraría el camino. Jamás he sido torpe ni tonta, gracias a Dios. Pero ¿qué sería de esta casa? —La anciana se interrumpió y, bajando la voz, dijo—: ¡Escucha...! —Abajo estaban llamando. Ambos se levantaron de un brinco—. ¡Escóndete, Yuri! ¡Escóndete, por amor de Dios!

Él se acercó a la ventana y miró fuera con precaución. Había salido la luna. Reconoció al hombre, inmóvil en mitad del sendero.

—¡Yuri Nikolaiévich! ¡Soy yo, Ignat! —gritó el otro, tras retroceder unos pasos.

Se trataba de un joven cochero que se había criado en el hogar de los Karin. De pequeño, Yuri y él jugaban juntos. Él era quien cantaba en el parque las noches de verano acompañándose del acordeón. «Qué diablos, si éste quiere hacerme algo —se dijo Yuri—, al cuerno con todo, y yo el primero».

—¡Sube, muchacho! —gritó, asomándose a la ventana.

—No puedo, la puerta está atrancada.

—Baja a abrirle, Taniushka. Está solo.

—Pero ¿qué has hecho, desgraciado? —le susurró la anciana.

—Lo que tenga que ser, será —contestó Yuri, haciendo un gesto de hastío con la mano—. Además, me había visto. Anda, baja a abrirle.

Muda y temblorosa, la anciana permanecía inmóvil. Yuri avanzó hacia la puerta, pero entonces ella lo detuvo; de repente la sangre le había vuelto a las mejillas.

—¿Qué haces? No eres tú quien ha de bajar a abrirle al cochero. Espera aquí.

Él se encogió de hombros y volvió a sentarse. Cuando la anciana reapareció seguida por Ignat, se levantó y se acercó a ellos.

—Buenas noches. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo, Yuri Nikolaiévich —respondió sonriendo el joven, que tenía un rostro agradable, redondo y sonrosado.

—Tú no has pasado hambre, ¿eh?

—Dios me ha ayudado, *barin*.

—¿Aún tocas el acordeón?

—A veces.

—Espero volver a oírte. Me quedaré algún tiempo... —Ignat no respondió; seguía sonriente, enseñando los dientes, grandes y brillantes—. ¿Quieres beber algo? Sírvete vino, Tatiana.

La anciana obedeció refunfuñando. El joven bebió.

—¡A su salud, Yuri Nikolaiévich!

Se quedaron callados. Tatiana Ivanovna avanzó unos pasos.

—Bueno, ahora vete. El joven *barin* está cansado.

—Aun así, tiene que acompañarme al pueblo, Yuri Nikolaiévich...

—¡Vaya! ¿Por qué? —murmuró Yuri bajando instintivamente la voz—. ¿Por qué, muchacho?

—Debe hacerlo.

De pronto, la anciana hizo amago de abalanzarse sobre él, y Yuri advirtió en su rostro habitualmente pálido y tranquilo una fugaz expresión tan extraña y salvaje que se estremeció.

—No te metas —dijo casi con desesperación—. Calla, te lo suplico. No pasa nada...

—¡Ah, maldito hijo de perra! —gritaba la vieja aya con las nudosas manos como garras, sin escucharlo—. ¿Crees que no leo en tu mirada lo que piensas? ¿Y quién eres tú para darle órdenes a tu

señor?

El joven se volvió hacia ella con expresión demudada y la observó con ojos centelleantes. Luego pareció calmarse.

—Cállate, abuela —respondió en tono glacial—. En el pueblo hay gente que desea ver a Yuri Nikolaiévich, eso es todo.

—¿Sabes al menos qué quieren de mí? —preguntó Yuri, que de pronto se sentía cansado, con un único y profundo deseo en el alma: tumbarse y dormir mucho tiempo.

—Hablar sobre el reparto del vino. Hemos recibido órdenes de Moscú.

—¡Vaya! Así que se trata de eso... Te ha gustado mi vino... De todas formas, habrías podido esperar hasta mañana, ¿no te parece?

Avanzó hacia la puerta, seguido por Ignat. Se detuvo en el umbral. El cochero pareció dudar un instante, pero de repente, con el mismo gesto con que en otros tiempos cogía el látigo, se llevó la mano al cinturón, sacó la pistola y disparó dos veces. El primer tiro alcanzó entre los omóplatos a Yuri, que soltó una especie de grito de asombro acompañado de un gemido. La segunda bala le penetró en la nuca y lo mató en el acto.

Transcurrido un mes desde la muerte de Yuri, un primo de los Karin, un anciano medio muerto de hambre y cansancio que iba de Odesa a Moscú en busca de su mujer, desaparecida durante los bombardeos de abril, pernoctó en la casa y le dio noticias y la dirección de Nikolái Alexándrovich y los suyos a Tatiana Ivanovna. Estaban bien de salud, pero vivían miserablemente.

—Si pudieras encontrar a un hombre de confianza —comentó el anciano, titubeante— para llevarles lo que dejaron aquí...

Tatiana partió hacia Odesa con las joyas ocultas en el dobladillo de la falda. Durante tres meses caminó sin descanso, como en su juventud, cuando iba en peregrinación a Kiev, aunque a veces subía a alguno de los trenes llenos de gente famélica que empezaban a dirigirse al sur. Un día de septiembre, llegó a casa de sus señores. Los Karin jamás olvidarían el instante en que abrieron la puerta y la vieron, apurada pero serena, con el hatillo al hombro y los diamantes golpeándole las cansadas piernas; tampoco olvidarían su pálido rostro, que parecía haberse quedado exangüe, ni su voz al anunciarles la muerte de Yuri.

Vivían en el barrio del puerto, en una habitación oscura, con sacos de patatas colgados de las ventanas para amortiguar el impacto de las balas. Yelena Vásielievna estaba acostada en un jergón extendido en el suelo y Lulú y Andréi jugaban a las cartas a la luz del infiernillo, donde se consumían tres trozos de carbón. Había empezado el frío, y el viento penetraba por los cristales rotos. Kiril dormía en un rincón y Nikolái Alexándrovich había iniciado la que iba a ser la principal ocupación de su vida: pasear de una pared a otra con las manos enlazadas a la espalda, pensando en lo que nunca volvería.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó Lulú mientras las lágrimas le resbalaban por la cara, cambiada, envejecida—. ¿Por qué, Dios mío, por qué?

—Temían que hubiera vuelto para reclamar las tierras. Pero decían que Yuri siempre había sido un buen *barin* y que había que ahorrarle el sufrimiento de un juicio y una ejecución, que era mejor matarlo así...

—¡Cobardes! ¡Cerdos! —gritó Kiril de pronto—. ¡Dispararle por la espalda...! ¡Malditos campesinos! ¡No os azotamos lo bastante en su día! —añadió, blandiendo el puño ante la anciana casi con odio—. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

—Lo oigo —respondió Tatiana Ivanovna—. Pero ¿de qué sirve lamentar que haya muerto así o de otra manera? Dios lo acogió en su seno, aun sin los sacramentos; lo vi en la paz de su rostro. Que Él nos conceda a todos una muerte tan serena. No se dio cuenta de nada, no sufrió.

—¡Bah, no lo entiendes!

—Es mejor así —insistió la anciana.

Fue la última vez que pronunció el nombre de Yuri. Sus viejos labios parecían haberse cerrado para él de manera definitiva. Cuando los demás lo mencionaban, no respondía; muda y hierática,

miraba el vacío con una especie de glacial desesperación.

El invierno fue extremadamente duro. Apenas tenían comida y ropa. Lo único que de vez en cuando les permitía conseguir algo de dinero eran las joyas llevadas por Tatiana Ivanovna. Odesa ardía; la nieve caía lentamente e iba cubriendo las calcinadas vigas de las casas destruidas, los cadáveres de la gente y los caballos despedazados. En otros momentos, la ciudad cambiaba; llegaban partidas de carne, fruta, caviar... sólo Dios sabía cómo. Cesaban los cañonazos y la vida, precaria y embriagadora, recuperaba el pulso. Embriagadora... eso únicamente lo sentían Kiril y Lulú. El recuerdo de ciertas noches, de paseos en barca con amigos de su edad, el sabor de los besos, el olor de la brisa que al amanecer alborotaba las olas del Mar Negro, jamás se borrarían de su memoria.

Pasó el largo invierno, y el verano, y el siguiente invierno, durante el que la hambruna fue tal que enterraban a los recién nacidos a montones, en sacos viejos. Los Karin sobrevivieron. En mayo consiguieron sacar pasaje en el último barco francés que abandonaba Odesa, llegar a Constantinopla y luego a Marsella.

El 28 de mayo de 1920 pusieron pie en el puerto marsellés. En Constantinopla habían vendido las últimas joyas, y todavía les quedaba algo de dinero, que por una vieja costumbre llevaban cosido a los cinturones. Iban vestidos con andrajos y tenían un aspecto extraño, mísero, hosco, atemorizador. Con todo, los niños parecían alegres; reían con una especie de sombría ligereza que hacía que los adultos acusaran aún más su propio cansancio.

Un olor a flores y pimienta colmaba el límpido aire de mayo. La gente caminaba sin prisas, se paraba en los escaparates, reía y alzaba la voz; las luces, la música de los cafés, todo se les antojaba un extraño sueño.

Mientras Nikolái Alexándrovich reservaba las habitaciones en el hotel, los niños y Tatiana Ivanovna se quedaron unos instantes en la calle. Con el pálido rostro levantado y los ojos cerrados, Lulú aspiraba el aire perfumado del atardecer. Las grandes farolas eléctricas conferían a la calle una luz difusa y azulada. Las mimosas agitaban sus delgadas ramas. Pasaron unos marineros, que miraron riendo a la joven inmóvil. Uno de ellos le lanzó una ramita florecida.

—Qué país tan bonito, tan encantador... —murmuró ella, echándose a reír—. Es un sueño, *niánechka*... Mira...

Pero la anciana, sentada en un banco, con la blanca cabeza envuelta en su mantón y las manos cruzadas sobre las rodillas, parecía dormir. Sin embargo, la joven reparó en que tenía los ojos abiertos y miraba fijamente al frente.

—¿Qué te pasa, *niánechka*? —le dijo tocándole el hombro.

Sobresaltada, Tatiana se levantó. En ese momento, Nikolái Alexándrovich les hizo señas desde la puerta del hotel.

Entraron y cruzaron lentamente el vestíbulo, notando que las miradas se clavaban en sus espaldas con curiosidad. Las gruesas alfombras, a las que ya no estaban acostumbrados, parecían

pegárseles a la suela de los zapatos como engrudo. En el restaurante tocaba una orquesta. Se detuvieron unos instantes para escuchar aquella música de jazz, que oían por primera vez, con una mezcla de vago temor y absurdo embeleso. Era otro mundo.

Una vez en las habitaciones, permanecieron un buen rato asomados a las ventanas, viendo pasar los coches.

—¡Salgamos, salgamos! —repetían los niños—. Vayamos a un café, al teatro...

Se bañaron, se cepillaron la ropa y corrieron hacia la puerta. Nikolái Alexándrovich y su mujer los seguían despacio, penosamente, pero con la misma ansia de libertad y aire.

Al llegar al umbral, Nikolái Alexándrovich se volvió. Lulú había apagado la luz. Se habían olvidado de Tatiana Ivanovna, sentada junto a la ventana. Su cabeza agachada se recortaba contra la luz de la farola que se alzaba frente al pequeño balcón. Estaba inmóvil y parecía como a la espera.

—¿Vienes con nosotros, *niánechka*? —le preguntó. La anciana no respondió—. ¿No tienes hambre?

Tatiana negó con la cabeza y se levantó de pronto, retorciendo nerviosamente los flecos del mantón.

—¿Debo deshacer las maletas de los niños? ¿Cuándo nos vamos?

—Pero si acabamos de llegar... —dijo Nikolái Alexándrovich—. ¿Por qué quieres marcharte?

—No sé —respondió la vieja aya con expresión ausente y cansada—. Creía... —Respiró hondo, abrió los brazos y murmuró—: Está bien.

—¿Quieres acompañarnos?

—No, Yelena Vasílievna, gracias —contestó con esfuerzo—. No, de verdad.

Se oía a los niños corriendo por el pasillo. Sus padres se miraron en silencio y suspiraron. A continuación, Yelena hizo un ademán de cansancio y salió. Nikolái la siguió y cerró la puerta con suavidad.

Los Karin llegaron a París a comienzos del verano y alquilaron un pisito amueblado en la rue Arc-de-Triomphe. En esa época, la capital francesa estaba invadida por la primera oleada de emigrados rusos, que se habían instalado en Passy y los alrededores de la place de l'Étoile, atraídos de manera instintiva por el cercano Bois de Boulogne. Ese año, el calor resultaba sofocante.

El piso era pequeño, oscuro, asfixiante; olía a humedad y ropa vieja. Los techos bajos parecían pesar sobre las cabezas. Las ventanas daban al alto y estrecho patio, cuyas encaladas paredes reflejaban el sol de julio implacablemente. Por las mañanas, los Karin cerraban ventanas y contraventanas y se pasaban el día enclaustrados en aquellas cuatro pequeñas y sombrías habitaciones, atemorizados por los ruidos de París, respirando con repugnancia el tufo de los fregaderos y las cocinas que subía del patio. Iban y venían de una pared a otra en silencio, como las moscas de otoño, que, cuando el calor y la luz estivales han tocado a su fin, revolotean con torpeza contra los cristales, cansadas e irritadas, arrastrando sus muertas alas.

Sentada todo el día en el pequeño lavadero, en un extremo de la vivienda, Tatiana remendaba. De vez en cuando, la chica para todo, una muchacha normanda, fresca, sonrosada y robusta como un percherón, abría la puerta y, convencida de que la extranjera la entendería mejor si le hablaba vocalizando bien alto, como a una sorda, alzaba su estentórea voz hasta hacer temblar la tulipa de porcelana de la lámpara.

—¿No se aburre? —le preguntaba.

Tatiana Ivanovna negaba levemente con la cabeza, y la normanda seguía provocando estrépito con los cacharros.

A Andréi lo habían enviado a estudiar interno a Bretaña, a la orilla del mar. Kiril se marchó poco después. Se había reencontrado con su compañera de cárcel, la actriz francesa que en 1918 compartió celda con él en San Petersburgo, y que ahora vivía mantenida a todo tren. Era una chica bonita y generosa, una rubia de bellas y exuberantes formas, y estaba loca por él. Eso simplificaba la vida del muchacho. Pero cuando volvía a casa, a veces al amanecer, le daba por asomarse a la ventana y mirar el patio con el deseo de yacer inerte sobre aquellos adoquines rosáceos y haber acabado para siempre con el amor, el dinero y sus complicaciones.

Luego se le pasaba. Se compraba ropa buena. Bebía. A finales de julio, Kiril se fue a Deauville con su amante.

En París, al atardecer, cuando el calor aflojaba, los Karin salían e iban al Bois, al pabellón Dauphine. Los padres se quedaban allí, escuchando con aire melancólico la música de las orquestas, recordando las islas y los jardines de Moscú, mientras Lulú paseaba con otros chicos y chicas por los oscuros senderos recitando versos y jugando al juego del amor.

Tenía veinte años. Era menos bonita que antes; delgada, se movía con la brusquedad de un chico y tenía la piel morena, áspera, quemada por el viento de la larga travesía, y una expresión extraña, hastiada y cruel. Le había gustado aquella vida agitada, precaria y azarosa, y ahora le encantaban aquellos paseos durante los atardeceres parisinos y las largas, silenciosas veladas en las

tabernas, los cafetines abarrotados, con su olor a humedad y alcohol y el ruido de los billares en la sala del fondo. Hacia la medianoche, se iban a casa del uno o del otro, donde seguían bebiendo y acariciándose en la penumbra. Los padres dormían; oían vagamente la música del gramófono hasta el amanecer, pero no veían, o no querían ver nada.

Una noche, Tatiana Ivanovna salió de su habitación para recoger la ropa, que se secaba en el cuarto de aseo. La víspera la había dejado olvidada en el calentador de baño, y tenía que zurcirle unas medias a Lulú. A veces trabajaba por la noche, pues no necesitaba dormir mucho, y a las cuatro o las cinco ya estaba en pie, vagando en silencio por las habitaciones. Nunca entraba en el salón.

Esa noche, oyó pasos y voces en el vestíbulo. Los chicos debían de haberse ido hacía rato... Vio luz bajo la puerta del salón. «Otra vez se les ha olvidado apagarla», pensó. Abrió y, en ese momento, oyó el gramófono, amortiguado por una muralla de cojines: la música, baja, ahogada, parecía pasar a través de una espesa capa de agua. La habitación estaba casi a oscuras. Una sola lámpara, cubierta con una tela roja, iluminaba el diván, donde Lulú, tumbada y con el vestido desabrochado sobre el pecho, parecía dormir abrazada a un chico de pálido y delicado rostro. La anciana se acercó. En efecto, estaban dormidos, con los labios todavía juntos y las caras pegadas. La habitación olía a humo y alcohol y el suelo se hallaba cubierto de copas, botellas vacías, ceniceros llenos, discos y almohadones que aún conservaban impresa la forma de los cuerpos.

Lulú se despertó, miró a la anciana y sonrió. Sus dilatados ojos, enturbiados por el vino y la fiebre, expresaban una burlona indiferencia y un enorme cansancio.

—¿Qué quieres? —preguntó en voz baja. Su larga melena desparramada rozaba la alfombra. Al tratar de incorporarse, profirió un quejido, pues la mano del chico le aferraba los revueltos cabellos. Se soltó con brusquedad y se sentó—. ¿Qué pasa? —inquirió irritada.

Tatiana Ivanovna miraba al muchacho, a quien conocía. De niño lo había visto a menudo en casa de los Karin. Era el príncipe Yuri Andronikoff; se acordaba de sus largos bucles rubios y sus cuellos de encaje.

—Sácalo de aquí ahora mismo, ¿me oyes? —masculló, con el viejo rostro pálido y crispado.

—Vale, pero calla... —aceptó Lulú encogiéndose de hombros—. Enseguida se va...

—Luliska... —murmuró la anciana.

—Sí, sí... Pero que no te oigan, por amor de Dios. —La chica paró el gramófono, encendió un cigarrillo, lo tiró casi al instante y pidió lacónicamente—: Ayúdame.

En silencio, ambas mujeres recogieron las colillas y las copas vacías y pusieron orden en el salón. Lulú abrió las ventanas y respiró con avidez el aire fresco que ascendía del patio.

—Qué calor, ¿eh? —comentó.

Por toda respuesta, la vieja aya desvió la mirada con una especie de hosco pudor. Lulú se sentó

en el alféizar y empezó a balancearse con suavidad y a canturrear. Se había despejado, pero parecía enferma. Sus demacradas mejillas asomaban en forma de pálidos rodales bajo el maquillaje, borrado por los besos. Los grandes ojos de oscuras ojeras miraban al frente, profundos y vacíos.

—¿Puede saberse qué te pasa? Todas las noches la misma cantinela —dijo al fin con la voz enronquecida por el vino y el tabaco, pero tranquila—. ¿Y en Odesa, Dios mío? ¿Y en el barco? ¿No te diste cuenta de nada?

—Qué vergüenza... —murmuró la anciana entre asqueada y dolida—. ¡Qué vergüenza! Tus padres, que duermen ahí al lado...

—¿Y qué? ¿Acaso te has vuelto loca? No hacemos daño a nadie. Bebemos un poco y nos besamos, ¿qué tiene de malo? ¿Crees que mis padres no hacían lo mismo cuando eran jóvenes?

—No, hija.

—¿Ah, eso piensas?

—Yo también fui joven, Luliska. Hace mucho de eso, pero aún recuerdo la sangre joven ardiendo en mis venas. ¿Crees que se olvida? Y me acuerdo de tus tías cuando tenían veinte años, como tú ahora. Era en Karinovka, en primavera... ¡Ah, qué tiempo hizo aquel año! Cada día, paseos por el bosque y el estanque. Y de noche, bailes en casa, o en las mansiones vecinas. Todas tenían un pretendiente y muchas veces se marchaban todos juntos a la luz de la luna, en troika. Tu difunta abuela decía: «En nuestra época...». Pero ¿y qué? Ellas sabían muy bien que había cosas permitidas y otras prohibidas. A veces, venían por la mañana a mi habitación a contarme lo que había dicho éste o aquél. Y un día se prometieron, y luego se casaron y vivieron con honestidad, con sus momentos de dolor y felicidad, hasta que Dios las llamó a su seno. Murieron jóvenes, ya lo sabes; una de parto y la otra de unas malas fiebres, cinco años después. Y sí, me acuerdo. Teníamos los mejores caballos de la región, y a veces tu padre, que entonces era un muchacho, y sus amigos se iban de cabalgada al bosque con tus tías y otras chicas jóvenes, acompañados por criados, que los precedían con las antorchas...

—Ya —dijo Lulú con amargura, abarcando con un gesto el triste y oscuro saloncito y el vodka barato en el fondo de la copa, que agitaba de forma automática entre los dedos—. Es evidente que el escenario ha cambiado...

—No es eso lo único que ha cambiado —gruñó la anciana, y miró a Lulú con tristeza—. Hija, perdóname... No tiene por qué darte vergüenza decírmelo, si te he visto nacer... Dime, al menos, ¿no habrás cometido pecado? ¿Aún eres doncella?

—¡Pues claro, tonta! —respondió Lulú, y se acordó de la noche de bombardeo en Odesa, que había pasado en casa del barón Rosenkranz, antiguo gobernador de la ciudad.

El barón se hallaba en la cárcel y su hijo vivía solo en el domicilio familiar. Los cañonazos habían empezado tan de repente que no le había dado tiempo a volver a casa y se había quedado toda la noche en el palacio desierto con Serguéi Rosenkranz. ¿Qué habría sido de él? Seguramente habría

muerto. El tifus, el hambre, una bala perdida, la cárcel... había dónde elegir. Qué noche... Los muelles ardían. Desde la cama, mientras se acariciaban, veían las manchas de petróleo deslizándose en llamas por el puerto. Recordaba la casa de enfrente, con la fachada en ruinas y las cortinas de tul ondeando en el vacío. Esa noche, la muerte había estado muy cerca.

—Pues claro, *niánechka* —repitió con gesto mecánico.

Pero Tatiana Ivanovna la conocía. Negó con la cabeza en silencio, con los viejos labios apretados.

Yuri Andronikoff gruñó, se volvió pesadamente en el diván y se despertó a medias.

—Estoy muy borracho —farfulló.

Fue tambaleándose hasta el sillón, hundió la cabeza entre los cojines y se quedó inmóvil.

—Ahora trabaja todo el día en un garaje y se muere de hambre. Si no fuera por el vino y... lo demás, ¿para qué íbamos a vivir?

—Ofendes a Dios, Lulú.

De pronto, la joven ocultó la cara entre las manos y empezó a sollozar con desesperación.

—Oh, *niánechka*... ¡quiero estar en casa! ¡En nuestra casa! —gimió retorciéndose las manos con un gesto nervioso y extraño que la anciana no le conocía—. ¿Por qué nos han castigado de este modo? ¡No hemos hecho nada malo!

Tatiana le acarició suavemente el cabello revuelto, impregnado del pertinaz olor a tabaco y vino.

—Es la voluntad de Dios.

—¡Oh, me sacas de quicio! No sabes decir otra cosa... —Lulú se enjugó las lágrimas, apartando la cabeza con brusquedad—. ¡Vamos, déjame! Vete. Estoy nerviosa y cansada. No les digas nada a mis padres. ¿Para qué? Les harías sufrir inútilmente y no impedirías nada, créeme. Nada. Eres demasiado vieja; no puedes entenderlo.

Un domingo de agosto, cuando volvió Kiril, los Karin asistieron a una misa en memoria de Yuri. Fueron todos juntos paseando hasta la calle Daru. Hacía un día espléndido, el cielo era de un azul deslumbrante. En la avenida des Ternes había una feria al aire libre, música ruidosa, polvo... Los transeúntes miraban con curiosidad a Tatiana Ivanovna, con aquel mantón alrededor de la cabeza y la larga falda.

La misa se celebraba en la cripta de la iglesia de la calle Daru. Las velas crepitaban con suavidad y, en los intervalos de los rezos, se oía gotear la cera candente sobre las losas.

—Por el descanso del alma del siervo de Dios, Yuri...

El sacerdote, un anciano de manos largas y temblorosas, hablaba bajo, con voz suave y ahogada.

Los Karin rezaban en silencio. No pensaban en Yuri. Él ya estaba en paz; en cambio, a ellos les quedaba tanto camino por delante, un camino tan largo e incierto... «Dios mío, protégeme —imploraban—. Dios mío, perdóname...». Arrodillada ante el icono que brillaba débilmente en la penumbra, Tatiana Ivanovna era la única que inclinaba la frente hasta rozar la fría losa pensando sólo en Yuri, rezando por él y nadie más, por su salvación y su eterno descanso.

Acabada la misa, de regreso a casa, compraron rosas frescas a una chica despeinada y risueña con la que se toparon. Empezaba a gustarles aquella ciudad y sus habitantes. En las calles, en cuanto el sol asomaba, se olvidaba uno de todas las penas y el alma se aligeraba, sin saber por qué.

El domingo era el día libre de la criada. La comida fría estaba servida en la mesa. Apenas probaron bocado y luego Lulú puso las flores delante de un viejo retrato de Yuri de cuando era niño.

—Qué mirada tan extraña tenía —comentó—. Nunca me había fijado. Una especie de indiferencia, de cansancio. Mirad...

—Siempre he notado esa mirada en los retratos de la gente que debía morir joven o de forma trágica —murmuró Kiril, incómodo—. Como si lo supieran de antemano y les diera igual. Pobre Yuri... Era el mejor de todos nosotros.

Contemplaron en silencio la pequeña y desvaída imagen.

—Está tranquilo, es libre para siempre.

Lulú arregló las flores con esmero, encendió dos velas, que puso a ambos lados del marco, y se quedaron todos de pie, inmóviles, tratando de pensar en Yuri. Pero no sentían más que una especie de tristeza glacial, como si desde su muerte hubieran transcurrido muchos años, aunque sólo habían pasado dos.

Yelena Vasílievna retiró con cuidado el polvo del cristal con gesto maquinal, como quien enjuga unas lágrimas. De todos sus hijos, era a Yuri a quien menos había comprendido, a quien menos

había querido. «Está con Dios —se dijo—. Es el más feliz».

Les llegaba la algarabía de la feria que se celebraba en la calle.

—Qué calor hace aquí —se quejó Lulú.

—Bueno, hijos, pues salid —propuso Yelena, volviéndose—. ¿Qué queréis que haga yo? Id a tomar el aire y a ver la fiesta. Cuando tenía vuestra edad, prefería las ferias de Ramos en Moscú a las fiestas de la Corte.

—A mí también me gustan las ferias —dijo Lulú.

—Anda, ve —repitió la madre con voz cansada.

Lulú se marchó con Kiril. De pie ante la ventana, Nikolái Alexándrovich miraba sin verlas las blancas paredes del patio. Su mujer suspiró. Cómo había cambiado... Iba sin afeitarse y con una chaqueta vieja llena de lamparones. Con lo guapo y encantador que había sido. ¿Y ella? Se miró con disimulo en un espejo y vio su rostro macilento, el feo abotargamiento de la carne y la vieja bata de franela, desabrochada. ¡Una vieja, Dios mío, era una vieja!

—*Niánechka*... —dijo de pronto.

Nunca la había llamado así. La anciana, que se afanaba en silencio de mueble en mueble, colocando bien esto y aquello, le dirigió una mirada ausente, extraña.

—¿*Barina*?

—Cómo hemos envejecido, ¿eh, mi pobre Tatiana? Pero tú no cambias. Es un consuelo verte. No, realmente estás igual que siempre.

—A mi edad, ya no se cambia más que en el ataúd —respondió la anciana con una débil sonrisa.

—¿Aún te acuerdas de nuestra casa? —le preguntó en voz baja su ama tras un instante de vacilación.

La anciana enrojeció de repente mientras alzaba las temblorosas manos al aire.

—¿Que si me acuerdo, Yelena Vasilievna? Dios mío... ¡Podría decir dónde estaba cada cosa! Podría entrar y recorrerla con los ojos cerrados. Recuerdo cada vestido que se ponía, y los trajes de los niños, y los muebles, el parque... ¡Dios mío!

—El salón de los espejos, mi saloncito rosa...

—El canapé donde estaba sentada cuando yo le bajaba los niños, las tardes de invierno...

—¿Y antes de eso? ¿Nuestra boda?

—Todavía me parecer estar viendo el traje que vestía, los diamantes que adornaban su cabello. Era un vestido de moaré, con los encajes antiguos de la difunta princesa. ¡Ay, Dios mío! Luliska no los tendrá así...

Ambas guardaron silencio. Nikolái Alexándrovich miraba fijamente el sombrío patio. En sus recuerdos, veía de nuevo a su esposa como apareció ante él la primera vez, en aquel baile, cuando aún era la condesa Eletzkaia, con su maravilloso vestido de satén blanco y su cabello dorado. Cuánto la había amado... Pero iban a acabar juntos su vida, y eso era bonito. Si al menos aquellas dos pudieran estar en silencio, si no existieran esos recuerdos en el fondo del corazón, la vida sería soportable.

—¿Para qué? ¿Para qué? —masculló con visible esfuerzo, sin girar la cabeza—. Se acabó. Eso no volverá. Que esperen otros, si quieren. —Y con tono iracundo, repitió—: Se acabó, se acabó.

Yelena Vasílievna le cogió la mano y se llevó a los labios los pálidos dedos, como antaño.

—A veces, todo vuelve a surgir del fondo del alma... Pero no hay nada que hacer. Es la voluntad de Dios. Kolia, mi amor, mi amigo... Estamos juntos; lo demás... —Hizo un vago ademán. Se miraron en silencio buscando en el fondo del pasado otras facciones y sonrisas en sus arrugadas caras. El salón estaba oscuro; hacía calor—. Cojamos un taxi, vayamos a algún sitio esta noche, ¿quieres? —propuso ella—. Hace tiempo, había un pequeño restaurante cerca de Ville-d'Avray, a la orilla del lago. Estuvimos allí en mil novecientos ocho, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Puede que aún exista.

—Puede —admitió él encogiéndose de hombros—. Siempre creemos que todo se hunde con nosotros, ¿verdad? Vayamos a ver.

Se levantaron y encendieron la luz. Tatiana Ivanovna estaba en el centro del salón, murmurando palabras incomprensibles.

—¿Te quedas aquí, *niánechka*? —le preguntó maquinalmente Nikolái Alexándrovich.

La anciana pareció despertar. Sus temblorosos labios se movieron largo rato, como si les costara formar las palabras.

—¿Y adónde voy a ir? —inquirió al fin.

Cuando la dejaron sola, fue a sentarse ante el retrato de Yuri. Su mirada estaba fija en él, pero por su memoria también pasaban otras imágenes, más antiguas y olvidadas por todos. Rostros de muertos, vestidos con medio siglo de antigüedad, habitaciones abandonadas... Se acordaba del primer vagido de Yuri, agudo y dolorido... «Como si supiera lo que le esperaba —se dijo—. Los otros no lloraron así».

Luego se sentó ante la ventana y empezó a zurcir medias.

Los primeros meses de los Karin en París transcurrieron con tranquilidad. Pero en otoño, cuando el pequeño Andréi volvió de Bretaña y hubo que pensar en establecerse, empezó a faltar el dinero. Las últimas joyas habían volado hacía tiempo. Quedaba un pequeño capital que podía durar dos, tres años. ¿Y después? Algunos rusos habían abierto restaurantes, locales nocturnos, pequeños comercios... Como tantos otros, con sus últimos ahorros, los Karin compraron y amueblaron una tienda en el interior de un patio y pusieron a la venta los escasos cubiertos antiguos, encajes e iconos que habían podido llevar consigo. Al principio, nadie les compraba. En octubre, hubo que pagar el alquiler del piso. Luego, tuvieron que enviar a Andréi a Niza, pues el aire parisino le provocaba ataques de asma. Pensaron en mudarse. Cerca de la Puerta de Versalles, les ofrecían un piso más barato y luminoso, pero sólo disponía de tres habitaciones y una cocina tan estrecha como un armario. ¿Dónde meterían a la vieja Tatiana? No podían hacerla subir al sexto piso, con sus cansadas piernas. Mientras se decidían, cada fin de mes se les hacía más cuesta arriba. Las criadas se les iban una tras otra, incapaces de acostumbrarse a aquellos extranjeros que dormían de día y de noche comían, bebían y dejaban los platos sucios sobre los muebles del salón hasta la mañana siguiente.

Tatiana Ivanovna intentó realizar algunos trabajos humildes, de limpieza, pero había perdido fuerza y sus viejas manos ya no podían levantar los pesados colchones franceses ni la ropa blanca mojada.

Los chicos, ahora permanentemente cansados e irritados, la trataban de malos modos, la apartaban:

—Deja. Vete. Lo confundes todo. Lo rompes todo.

Y ella se alejaba sin replicar.

Por otra parte, no parecía oírlos. Se pasaba horas inmóvil, en silencio, con la mirada perdida y las manos cruzadas sobre las rodillas. Estaba encorvada, casi doblada totalmente por la cintura, y tenía la tez blanquizca, mortecina, con venillas azuladas e hinchadas en las comisuras de los ojos. A menudo, cuando la llamaban, en lugar de responder apretaba aún más la pequeña y marcada boca. Pero no estaba sorda. Cada vez que alguien pronunciaba un apellido ruso, aunque fuera en voz baja o apenas lo susurrara, la anciana se estremecía y de pronto en tono débil y sereno decía: «Sí... El día de Pascua, cuando ardió el campanario de Temnaya...», o: «¿El pabellón? Ya, al poco de irnos, el viento rompió los cristales. ¿Qué habrá sido de todo ello?».

Y volvía a callar y mirar por la ventana, los blancos muros y el cielo sobre los tejados.

—¿Cuándo llegará el invierno de una vez? —preguntaba—. ¡Ah, Dios mío, cuánto hace que no hemos tenido ni frío ni hielo! Qué largo es el otoño en este país. Seguro que en Karinovka ya está todo blanco y el río, helado. ¿Te acuerdas, Nikolái Alexándrovich, de cuando tenías tres o cuatro años (entonces, yo era joven) y tu difunta madre decía: «Tatiana, cómo se nota que eres del norte, hija. Con las primeras nieves, enloqueces»? ¿Te acuerdas?

—No —murmuraba él con desgana.

—Yo sí lo recuerdo —rezongaba la vieja nodriza—. Y pronto no habrá nadie más que yo para recordarlo.

Los Karin no respondían. Todos tenían bastante con sus propios recuerdos, temores y tristezas.

—Los inviernos de aquí no se parecen a los nuestros —comentó un día Nikolái Alexándrovich.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tatiana Ivanovna estremeciéndose.

—Ya lo verás —respondió él. La anciana lo miró fijamente y se quedó callada. Y, por primera vez, Nikolái Alexándrovich advirtió la expresión extraña, desconfiada y perdida de sus ojos—. ¿Qué ocurre, mi vieja niñera?

Ella no respondió. ¿Para qué?

Todos los días miraba el calendario, que anunciaba el comienzo de octubre, y observaba con atención los aleros de los tejados. Pero seguía sin nevar. No veía más que la lluvia, los negros canalones y las secas y temblorosas hojas otoñales.

Ahora se pasaba el día sola. Nikolái Alexándrovich recorría la ciudad en busca de joyas y objetos antiguos para su tiendecita; lograban vender unas pocas antiguallas y comprar otras.

En otros tiempos, poseía colecciones de valiosas porcelanas y platos cincelados. Ahora, cuando regresaba al anochecer por los Campos Elíseos con un paquete bajo el brazo, a veces llegaba a olvidar que no era para su casa, que no había estado trabajando para sí mismo. Caminaba deprisa, aspirando los olores de París, mirando las luces que brillaban en el crepúsculo, casi feliz y con el corazón henchido de una paz triste.

Lulú había conseguido un trabajo como maniquí en una tienda de modas. Poco a poco, la vida retomaba su cauce. Llegaban tarde, agotados, trayendo de la calle y el trabajo una especie de excitación que, durante un rato, seguía manifestándose en forma de risas y palabras; pero la lóbrega vivienda y la muda anciana acababan descorazonándolos. Entonces cenaban a toda prisa, se acostaban y dormían sin soñar, rendidos tras la dura jornada.

Pasó octubre y empezaron las lluvias de noviembre. De la mañana a la noche, se oía el aguacero azotar ruidosamente los adoquines del patio. En las viviendas, el aire era denso y pesado. Por la noche, cuando se apagaban los radiadores, la humedad del exterior penetraba por las juntas del entarimado. Un desagradable viento soplaba tras las pantallas de hierro de las chimeneas apagadas.

Sentada ante la ventana, en el piso vacío, Tatiana Ivanovna se pasaba las horas muertas viendo caer la lluvia, que resbalaba por los cristales como una cascada de lágrimas. Por encima de las pequeñas fresqueras y las cuerdas tendidas entre dos clavos donde se secaban los trapos, las criadas intercambiaban bromas y quejas de cocina a cocina en aquella lengua atropellada que la anciana no entendía. Hacia las cuatro, los niños volvían de la escuela. Se oía el sonido de los pianos, que tocaban todos a la vez, y en cada mesa de comedor se encendía una lámpara similar. Luego, la gente corría las cortinas, y ya no se oía más que el repiqueteo de la lluvia y el sordo rumor de las calles.

¿Cómo podían vivir encerrados en aquellas casas oscuras? ¿Cuándo llegaría la nieve?

Pasó noviembre y luego las primeras semanas de diciembre, apenas más frías, con las nieblas, los humos, las últimas hojas secas, pisoteadas, arrastradas por el agua de los arroyos... Después llegaron las navidades. El 24 de diciembre, tras una cena ligera tomada a toda prisa en un extremo de la mesa, los Karin fueron a celebrar la Nochebuena a casa de unos amigos. Tatiana Ivanovna los ayudó a vestirse. Cuando se despidieron de ella, al verlos arreglados como en otros tiempos se puso muy contenta. Nikolái Alexándrovich llevaba traje. La anciana miró sonriendo a Lulú, con su vestido blanco y las largas trenzas recogidas en la nuca.

—¡Venga, Luliska, que esta noche, si Dios quiere, encuentras novio!

La joven se encogió de hombros y se dejó besar sin decir nada. Se fueron. Andréi pasaba las vacaciones de Navidad en París. Llevaba la guerrera, el pantalón corto azul y la gorra del instituto de Niza donde estudiaba. Parecía más alto y fuerte, y hablaba de un modo rápido y vivo, con el acento, los gestos y el argot de un chico nacido y criado en Francia. Era la primera vez que salía de noche con sus padres. Reía y canturreaba. La vieja aya se asomó a la ventana y lo siguió con la mirada: iba saltando charcos. La puerta cochera se cerró con un golpe seco. Volvía a estar sola. Suspiró. El viento, suave pese a la época del año y saturado de una fina llovizna, le acariciaba el rostro. Levantó la cabeza y miró de forma instintiva el cielo. Entre los tejados, apenas se veía una franja oscura, de un extraño tono rojizo, como si la iluminara un fuego interior. En el edificio, los gramófonos emitían músicas discordantes en distintos pisos.

—En nuestra casa... —murmuró, y se interrumpió.

¿Para qué recordar? Eso había acabado hacía mucho tiempo. Todo había terminado, muerto...

Cerró la ventana y volvió dentro. Alzaba la cabeza para inspirar el aire con una especie de esfuerzo y expresión inquieta e irritada. Aquellos techos bajos la asfixiaban. Karinovka... La gran mansión, con sus enormes ventanales, por los que el aire y la luz penetraban a raudales, sus terrazas, sus salones, sus galerías, donde las noches de fiesta se acomodaban holgadamente cincuenta

músicos... Recordó la Nochebuena en que Kiril y Yuri se habían ido. Aún creía estar oyendo el vals que habían tocado esa velada. Habían pasado cuatro años. Le parecía estar viendo las columnas, relucientes de hielo bajo la luna. «Si no fuera tan vieja —pensó—, me pondría en camino de buena gana. Pero no sería lo mismo...».

—No, no sería lo mismo —murmuró. La nieve... Cuando viera nevar, todo habría acabado. Se olvidaría de todo. Se tumbaría y cerraría los ojos para siempre—. ¿Viviré hasta entonces? —musitó.

Recogió con aire mecánico la ropa esparcida por las sillas y empezó a doblarla. Desde hacía algún tiempo, por todas partes creía ver un polvillo fino, uniforme, que caía del techo y recubría los objetos. Le ocurría desde el otoño, cuando, pese a que anochecía antes, posponían la hora de encender las lámparas para no gastar demasiada electricidad. Frotaba y sacudía las prendas una y otra vez; el polvo desaparecía, pero para volver a posarse enseguida un poco más allá, como una fina ceniza.

—¿Qué es esto? Pero ¿qué es? —masculló con estupor y angustia mientras seguía sacudiendo y recogiendo.

De pronto, se detuvo y miró alrededor. Había momentos en que ya no entendía qué hacía allí, deambulando por aquellas angostas habitaciones. Se llevó las manos al pecho y suspiró. Hacía calor y el ambiente estaba cargado; los radiadores, encendidos todavía excepcionalmente con motivo de la fiesta, difundían un olor a pintura fresca. Trató de cerrarlos, aunque nunca había conseguido entender cómo funcionaban. Durante unos instantes, accionó la llave en vano, para acabar renunciando. Abrió de nuevo la ventana. La vivienda del otro lado del patio se hallaba iluminada y proyectaba un intenso rectángulo de luz en la habitación.

«En casa... —pensó—. En casa, ahora...».

El bosque estaba helado. Cerró los ojos y vio con extraordinaria claridad el espeso manto nevado, las luces del pueblo titilando a lo lejos y el río, en el lindero del parque, reluciente y duro como el hierro.

Permaneció inmóvil, apoyada en el marco de la ventana, estirándose el mantón sobre los revueltos mechones de cabello en un gesto muy suyo. Caía una tibia llovizna; empujadas por las brascas ráfagas de viento, las brillantes gotitas le mojaban la cara. Con un escalofrío, se arrebujó aún más en el viejo pañuelo negro. Le zumbaban los oídos, que por momentos parecían resonar con violencia, como una campana golpeada por su badajo. Le dolía la cabeza, el cuerpo entero.

Abandonó el salón y fue a su pequeño cuarto, al fondo del pasillo, para acostarse.

Antes de meterse en la cama, se arrodilló en el suelo y rezó sus oraciones. Se santiguaba y luego rozaba el entarimado con la frente, como todas las noches. Pero ese día las palabras se le embrollaban en los labios; entonces se interrumpía y miraba con una especie de estupor la llamita que brillaba al pie del icono.

Se echó y cerró los ojos. No podía dormir; a su pesar, oía el crujido de los muebles, el tictac

del reloj de péndulo del comedor, como un suspiro humano que precedía al sonido de las horas al resonar en el silencio, y, encima y debajo de ella, los gramófonos, funcionando todos a la vez en la noche festiva. La gente bajaba y subía la escalera, cruzaba el patio, salía... «¡El cordón, por favor!», se oía gritar sin cesar, y a continuación el eco sordo de la puerta cochera, que se abría y volvía a cerrarse, seguido por el ruido de pasos al alejarse por la calle desierta. Los taxis pasaban velozmente. En el patio, una voz ronca llamaba al portero.

Tatiana Ivanovna suspiró y volvió la pesada cabeza sobre la almohada. Oyó dar las once, las doce... Se quedó dormida y se volvió a despertar varias veces. En cuanto cogía el sueño, veía la casa de Karinovka, pero la imagen se borraba, de modo que volvía a cerrar los ojos aprisa para recuperarla. Siempre cambiaba algún detalle. En unas ocasiones, el delicado amarillo de la piedra se había transformado en un rojo de sangre seca; en otras, la casa estaba ciega, tapiada, sin ventanas. Sin embargo, oía débilmente el delicado y cristalino sonido de las ramas heladas de los abetos agitadas por el viento.

De repente, el sueño cambió. Se vio inmóvil ante la casa deshabitada, abierta. Era un día de otoño, a la hora en que las criadas empezaban a encender las estufas. Ella estaba abajo, de pie y sola. En el sueño, veía la casa desierta, las estancias vacías, como las había dejado, con las alfombras enrolladas y arrimadas a las paredes. Cuando subía, empujadas por la corriente de aire, todas las puertas se abrían con un ruido quejumbroso y extraño. Ella seguía avanzando, se apresuraba, como si temiera llegar tarde. Veía la hilera de inmensas habitaciones, todas abiertas y vacías, con el suelo cubierto de trozos de papel de embalar y viejas hojas de periódico que el viento agitaba.

Por fin llegaba a la habitación de los niños. Estaba vacía, como todas las demás; la camita de Andréi también había desaparecido, y Tatiana experimentaba una especie de estupor, pues recordaba haberla dejado arrimada a un rincón, con el colchón enrollado. Ante la ventana, sentado en el suelo, Yuri, pálido y flaco, vestido de soldado como el último día, jugaba a las tabas con unos huesecillos viejos, como cuando era niño. Ella sabía que estaba muerto, pero, aun así, al verlo sintió tal alegría que su viejo corazón empezó a latir con una violencia casi dolorosa. Los fuertes y sordos golpes le aporreaban el pecho. Todavía le daba tiempo a verse corriendo hacia él, cruzando el polvoriento entarimado, que crujía bajo sus pies como antaño. Y en el instante en que iba a tocarlo, despertó.

Era tarde. Estaba amaneciendo.

Se despertó gimiendo y se quedó inmóvil, tumbada boca arriba, mirando con estupor la claridad de las ventanas. Una niebla blanca y opaca inundaba el patio, pero a sus cansados ojos les parecía nieve, como la que había caído por primera vez en otoño, densa y deslumbrante, difundiendo una especie de luz mortecina de duro resplandor níveo.

—La primera nieve... —murmuró juntando las manos alborozada.

La miró largo rato con embeleso infantil y al mismo tiempo sobrecogedor, demencial. El piso estaba en silencio. Seguramente aún no había vuelto nadie. Se levantó y se vistió. No apartaba los ojos de la ventana; se imaginaba que nevaba, que los copos surcaban el aire con fugaz rapidez, como plumas de pájaro. Por un instante, le pareció oír que se cerraba una puerta. Tal vez los Karin habían regresado y estaban durmiendo. Pero ella no pensaba en ellos. Creía sentir los copos posarse en su cara, de hielo y fuego al tacto. Cogió el abrigo, se echó el mantón por la cabeza, se la sujetó bajo la barbilla con un alfiler y, extendiendo la mano, buscó de manera mecánica sobre la mesa, como una ciega, el manojito de llaves que cogía siempre en Karinovka antes de salir. No encontró nada, pero siguió tanteando, sin recordar lo que buscaba, mientras apartaba irritada la funda de las gafas, la labor empezada, el retrato de Yuri niño...

Creía que la esperaban. Una extraña impaciencia le hacía hervir la sangre.

Abrió un armario y dejó la puerta oscilando y un cajón sin cerrar. Un perchero cayó al suelo. La anciana dudó un instante, pero luego se encogió de hombros, como si no pudiera perder un segundo, y salió a toda prisa. Cruzó el piso y bajó la escalera con su pasito rápido y silencioso.

Al llegar al patio, se detuvo. La gélida niebla formaba una densa y blanca nube que se alzaba lentamente del suelo, como una humareda. Finas gotitas le agujoneaban la cara, como las agujas de nieve cuando cae medio fundida y mezclada aún con la lluvia de septiembre.

Dos hombres con traje salieron detrás de ella y la miraron con curiosidad. La anciana los siguió y se deslizó por el hueco de la puerta cochera, que volvió a cerrarse a sus espaldas con un sordo gemido.

Se hallaba en la calle, una calle oscura y desierta. A través de la lluvia se veía brillar una farola. La niebla estaba disipándose, dando paso a una fría llovizna. Los adoquines y las paredes resplandecían débilmente. Pasó un hombre arrastrando los pies, con los zapatos empapados. Un perro cruzó la calzada como con prisa, se acercó a la anciana, la olfateó, soltó un débil gruñido quejumbroso e inquieto y empezó a seguirla. Tras acompañarla un rato, desapareció.

Tatiana Ivanovna continuó avanzando, vio una plaza, otras calles... Un taxi le pasó tan cerca que el barro le salpicó la cara, pero ella no parecía ver nada. Caminaba en línea recta resbalando sobre los adoquines mojados. Por momentos, se sentía tan cansada que creía que las piernas iban a doblársele bajo el peso del cuerpo y hundirse en el suelo. Alzaba la cabeza y miraba la claridad del sol, que asomaba al otro lado del Sena: un fragmento de cielo blanco al final de la calle. A sus ojos, era una llanura nevada, como la de Sujarevo. Avivó el paso, deslumbrada por una especie de lluvia de fuego que le salpicaba los párpados. En sus oídos resonaban campanas.

Por un instante, recobró una pizca de juicio. Vio con toda nitidez la niebla y el humo, que iban disipándose. Pero fue sólo un momento. Inquieta y cansada, siguió avanzando encorvada hasta llegar por fin a los muelles.

El Sena, desbordado, cubría las orillas. El sol se alzaba y el blanco horizonte resplandecía puro y luminoso. La anciana se acercó al pretil y miró con fijeza la resplandeciente franja celeste. A sus pies había una pequeña escalera practicada en la piedra. Posó la helada y temblorosa mano en la baranda, se agarró con fuerza y empezó a bajar. El agua corría sobre los últimos peldaños, pero Tatiana Ivanovna no la veía. «El río está helado —se decía—. En esta época del año, tiene que estarlo...».

Creía que bastaba con cruzarlo, que Karinovka se encontraba en la otra orilla. Veía brillar las luces de las terrazas a través de la nieve.

Sin embargo, cuando llegó abajo, el olor del agua la sorprendió al fin. Estupefacta y colérica, dio un respingo, se detuvo un instante, y a continuación siguió bajando a pesar de que el agua le inundaba los zapatos y empezaba a empaparle la falda. Únicamente recobró por completo la razón cuando le llegó hasta la cintura. Congelada, quiso gritar. Mas sólo le dio tiempo a santiguarse. A continuación, dejó caer el brazo: estaba muerta.

Antes de desaparecer, el menudo cadáver flotó unos instantes como un rebujo de trapos absorbido por el negro Sena.

* * *



IRÈNE NÉMIROVSKY (Kiev, Ucrania, 1903 - Auschwitz, Polonia, 1942). Hija única de un próspero banquero judío, recibió una educación esmerada (aprendió francés, ruso, polaco, inglés, vasco, finés y yiddish), aunque tuvo una infancia infeliz y solitaria. Tras huir de la revolución bolchevique, su familia se estableció en París en 1919, donde Irène obtuvo la licenciatura de Letras en la Sorbona.

Luego de publicar *El malentendido* (1926) y *Un niño prodigio* (1927), la aparición de su novela *David Golder* (1929) le abrió las puertas de la celebridad. Le siguieron, entre otras, *El baile* (1930), *Las moscas del otoño* —traducida también como *Nieve en otoño*— (1931), *El vino de la soledad* (1935), *Jezabel* (1936) y *Los perros y los lobos* (1940).

Pero la Segunda Guerra Mundial marcaría trágicamente su destino. Deportada y asesinada en el campo de concentración de Auschwitz, igual que su esposo, Michel Epstein, dejó a sus dos hijas una maleta que éstas conservaron durante decenios. En ella se encontraba el manuscrito de *Suite francesa*, cuya publicación en 2004 desencadenó un fenómeno sin precedentes: obtuvo el Premio

Renaudot —otorgado por primera vez a un autor fallecido—, fue aclamada por la crítica y se convirtió en un clamoroso éxito de ventas, relanzando el interés por una autora que bien puede situarse entre los grandes escritores franceses del siglo XX.

Otras obras póstumas, disponibles en español, son *Fogatas*, *La vida de Chéjov*, *El ardor de la sangre*, *El maestro de almas* y *El caso Kurílov*.

Notas

[1] Miembros de la clase superior. (*N. del E. digital*) <<